

Diosa de la discordia, y como espíritu de venganza recorrerá vuestros dominios, y apartará de su Reina el corazón del pueblo. El inglés odia ahora á esa mujer, á quien teme, y la vengará cuando ya no exista. No será ya para él la enemiga de su religión, sino sólo la hija de sus soberanos, la víctima del odio y de los celos, y entonces la llorará, en vez de condenarla. Pronto observaréis el cambio. Recorred á Londres, después que se ejecute ese sangriento suplicio; mostraos al pueblo, que antes se deshacía en vitores al veros, y contemplaréis otra Inglaterra, otro pueblo distinto, que no os mirará ya rodeada de esa suprema justicia que gana todos los corazones. El miedo, el horrible compañero de la tiranía, os precederá, y dejará desiertas las calles. Habréis llegado á lo último, al extremo más inaudito. ¿Qué cabeza se creará segura, si cae esa sagrada?

ISABEL.—¡Ay de mí, Shrewsbury! Hoy me habéis salvado la vida, librándome del puñal del asesino... ¿Por qué lo hicisteis? Así habría terminado mi carrera; y no culpable, y al abrigo de toda duda, descansaría tranquila en mi tumba. ¡Harta estoy ya, en verdad, de la vida y del reino! Si una de las dos Reinas ha de perecer, para que la otra exista... y confieso que no es posible otra cosa... ¿por qué no he de ser yo la que ceda el puesto? Mi pueblo puede elegir, porque yo le devuelvo sus poderes. Dios es testigo de que no he vivido para mí, sino sólo para hacer la dicha de mis súbditos. Si aguarda días más felices de esa seductora Estuardo, de esa Reina joven, bajo contenta del trono, y regreso á mi antiguo retiro de Woodstock, en donde pasé mi juventud sin pretensiones, y en donde, lejos del bullicio de las grandezas mundales, encontraba en mí misma cuanto deseaba... No sirvo para Reina. El Monarca ha de tener un corazón duro, y el mío no lo es. Largo tiempo he gobernado esta Isla con fortuna, porque sólo dispensaba

el bien. Por primera vez he de cumplir un deber riguroso, y conozco mi impotencia...

BURLEIGH. — Cuando yo, ¡por vida de Dios! me veo obligado á oír de los labios de mi Reina palabras tan impropias de su supremo rango, haría traición á mi conciencia, y también á mi patria, si callara... Decís que amáis á vuestro pueblo más que á vos misma. ¡Probadlo, pues! No busquéis vuestra tranquilidad personal, abandonando el reino á terribles borrascas... ¡Pensad en la Iglesia! ¿Volverán con esa Estuardo las añejas supersticiones? ¿Reinarán de nuevo los frailes, y vendrá el legado de Roma para cerrar nuestros templos y destronar nuestros Reyes?... Os hago responsable de la paz de todos vuestros súbditos... Según sea vuestra conducta, se salvarán ó se perderán. No es ésta ocasión de hacer alarde de compasión mujeril, porque el bienestar de vuestro pueblo es vuestro más sagrado deber. Si Shrewsbury os ha librado de la muerte, yo quiero libertar á Inglaterra... ¡Esto vale más!

ISABEL. — Dejadme entregada á mí misma. Los hombres no aconsejan ni consuelan en estos momentos críticos. Los someto al Juez Supremo. Haré lo que me inspire. ¡Alejaos, milores! (A Davison.) Vos, caballero, quedaos á mi alcance. (Vanse los lores: solo Shrewsbury permanece algunos instantes ante la Reina, mirándola con intención, y después se retira lentamente, presa del más acerbo dolor.)

## ESCENA X.

ISABEL, sola.

ISABEL.—¡Oh esclavitud popular! ¡Vergonzosa servidumbre!... ¡Cuán harta estoy de adular á ese ídolo, que desprecio en mi interior! ¡Cuándo me veré libre en este



trono? He de respetar la opinión, conquistar las alabanzas de la multitud, y ser justa con ese populacho, á quien sólo agradan los juglares. ¡Oh! No es Rey el que ha de complacer á todos. Sólo lo es quien no necesita que los hombres aprueben su conducta.

¿Por qué he practicado la justicia, y odiado la arbitrariedad, durante mi vida? ¿Por qué me he atado las manos, para cometer esta mi primera é inevitable violencia? El ejemplo que di me condena. Si yo fuera tiránica, como la española María, mi antecesora en el solio, podría ahora sin censuras derramar sangre de reyes. Pero ¿he sido justa por mi propia y libre elección? La todopoderosa necesidad, que obliga también á la voluntad de los Soberanos, me ha impuesto esa virtud.

Cercada de enemigos, sólo el favor popular me ha sostenido sobre el trono disputado. Todas las potencias del continente se esforzaban en derribarme. El Papa, irreconciliable, me excomulgó; Francia, fingiendo amor fraternal, me hace traición; y España prepara contra mí guerra abierta marítima, de rabia y de exterminio. Así yo, débil mujer, lucho contra el mundo. Eminentes virtudes han de suplir mi falta de derechos, y borrar la mancha de mi nacimiento, anatematizado por mi mismo padre. Pero todo en vano... El odio de mis adversarios lo descubre, y frente á mí se presenta siempre ese espectro de la Estuardo, sin cesar amenazándome.

¡No! Ese temor ha de cesar al fin. Su cabeza ha de caer. Quiero vivir en paz... Ella es el tormento de mi vida; un espíritu vengador, suscitado contra mí por el destino. En donde espero una alegría, en donde fundo una esperanza, encuentro á mi paso esa serpiente del infierno. Róbame mi amante, me arrebató mi prometido. María Estuardo es el nombre de todas las desdichas que me rodean. En cuanto sea borrada del catálogo de los vivos, seré libre, como el

aire en las alturas. (Cállase un momento.) ¡Con qué sarcasmo me miró de soslayo, como si su mirada hubiera de aniquilarme como el rayo! ¡Inbécil! ¡Yo empleo mejores armas, porque su herida es mortal, y dejarás de existir! (Acercándose á la mesa con rapidez, y cogiendo una pluma.) ¡Soy una bastarda para tí?... ¡Desventurada! Lo soy sólo mientras vivas y respires. Las dudas sobre la legitimidad de mi nacimiento desaparecerán en cuanto tú desaparezcas. Cuando el inglés no pueda hacer otra elección, habré nacido en tálamo legítimo. (Firma de una plumada repentina y segura; deja caer la pluma, y retrocede horrorizada. Después de una breve pausa, llama.)

## ESCENA XI.

ISABEL, y DAVISON.

ISABEL.—¿En dónde están los otros lores?

DAVISON.—Han ido á aplacar al pueblo sublevado. El tumulto cesó en el instante en que se presentó el Conde de Shrewsbury. «Ese es! Ese es!» clamaron cien voces, «el que salvó á la Reina, el hombre más respetable de Inglaterra.» Entonces habló el noble Talbot, y reconvino al pueblo con dulzura, por su conducta violenta, expresándose con tal energía, que todos se calmaron y dejaron tranquilos la plaza.

ISABEL.—¡Inconstante muchedumbre, que se trueca como el viento! ¡Ay de aquel que se apoye en esa caña!... ¡Está bien, Davison! ¡Podéis retiraros! (Al volverse aquél hacia la puerta.) Y este papel... tomadlo... en vuestras manos lo pongo.

DAVISON. (Mirando el papel, y estremeciéndose.)—¡Oh Reina! Vuestro nombre! ¿Lo habéis resuelto?



ISABEL.—Debía firmar, y he firmado. Una hoja de papel, sin embargo, nada decide, y un nombre no mata.

DAVISON.—Vuestro nombre, oh Reina, al pie de este escrito, lo decide todo; mata, es un rayo del cielo, de alas rápidas... Este papel ordena á los comisarios y al sheriff, que se encaminen inmediatamente á Fotheringhay á buscar á la Reina de Escocia, para anunciarle la muerte, y que mañana, al rayar el día, la decapiten. No se fija plazo alguno, y sólo vivirá mientras no salga esta orden de mis manos.

ISABEL.—¡Sí, caballero! Dios confía á vuestras débiles manos un asunto grave é importante. ¡Rogadle que os ilumine con su sabiduría! Me voy, y os abandono á vuestro deber. (Hace ademán de irse.)

DAVISON. (Deteniéndola.)—¡No, Reina mía! No me dejéis hasta no declararme vuestra voluntad. ¿De qué sabiduría necesito, si cumplo vuestra orden á la letra?... ¿Ponéis este papel en mis manos, para que yo ejecute con rapidez lo que ordena?

ISABEL.—Obraréis según os dicte vuestra prudencia.

DAVISON. (Interrumpiéndola con prontitud, y asustado.)—¡No según mi prudencia! Libreme de ello Dios. Toda mi prudencia es obedecer. Vuestro servidor nada tiene que decir aquí. El error más insignificante causaría en esto un regicidio, una desdicha, tan grande como irreparable. Permitidme que, en este gravísimo asunto, sea yo tan sólo ciego instrumento de vuestra voluntad. Explicadme con claridad vuestro propósito. ¿Qué se ha de hacer con esta orden sangüinaria?

ISABEL.—Su nombre lo dice.

DAVISON.—¿Ha de cumplirse, pues, al punto?

ISABEL. (Vacilando.)—No digo eso, y tiemblo sólo en pensarlo.

DAVISON.—¿Queréis, por tanto, que la guarde algún tiempo?

ISABEL. (Con viveza.)—A vuestro riesgo. ¿Sois responsable de las consecuencias!

DAVISON.—¿Yo? ¡Santo Dios!... Decid, Reina, ¿qué deseáis?

ISABEL. (Impaciente.)—Deseo no pensar más en este malhadado asunto, y tranquilizarme de una vez, y para siempre.

DAVISON.—Sólo os costará pronunciar una palabra. ¡Oh! ¡Hablad; decid lo que se ha de hacer con esta orden!

ISABEL.—¡Ya lo he dicho! No me atormentéis más.

DAVISON.—¿Que lo habéis dicho? A mí nada me habéis dicho... ¡Oh! ¡Ruego á mi Soberana que lo recuerde bien!

ISABEL. (Dando con el pie en el suelo.)—¡Esto es insufrible!

DAVISON.—Tened compasión de mí. Desempeño este cargo hace pocos meses. No conozco el lenguaje de la corte y de los Reyes... Mi educación ha sido muy sencilla. ¡Tened, pues, paciencia con vuestro criado! No seáis avara de órdenes, que han de instruirme y poner en claro mi obligación. (Acércase con ademán suplicante, y ella le vuelve las espaldas; Davison se queda como desesperado, y después habla con energía.) ¡Tomad de nuevo este papel! ¡Tomadlo! Paréceme que tengo un hierro ardiendo en las manos. No me elijáis para servirlos en asunto tan horrible.

ISABEL.—¡Cumplid vuestro deber! (Vase.)

## ESCENA XII.

DAVISON, y después BURLEIGH.

DAVISON.—¡Se va! Déjame indeciso, desesperado, con esta orden atroz... ¿Qué hago? ¿La guardo? ¿La entrego? (A Burleigh, que entra.) ¡Oh, bien, bien! ¡A tiempo llegáis, mi-



lord! Sois quien me ha dado este cargo. ¡Eximidme de él! Lo acepté sin comprender su alcance. Dejadme volver á la oscuridad en que me hallasteis, porque no es este mi puesto...

BURLEIGH.—¿Qué tenéis, señor? ¡Reponeos! ¿En dónde está la sentencia? La Reina os mandó llamar.

DAVISON.—Me ha dejado en la mayor cólera. ¡Oh! ¡Aconsejadme! ¡Ayudadme! ¡Sacadme de esta duda, de esta infernal angustia! Aquí está la sentencia... está firmada.

BURLEIGH. (Con viveza).—¿Lo está? ¡Oh! ¡Dádmela, dádmela!

DAVISON.—No me atrevo.

BURLEIGH.—¿Cómo?

DAVISON.—No me ha dicho con claridad su deseo.

BURLEIGH.—¿No con claridad? Pero la ha firmado. ¡Dádmela!

DAVISON.—¿He de cumplirla... ó no?... ¡Dios mío! ¿Sé yo acaso lo que he de hacer?

BURLEIGH. (Instándole vivamente).—Al instante, al momento habéis de ejecutarla. ¡Dádmela! ¡Sois hombre perdido, si lo dilatáis!

DAVISON.—¡Soy hombre perdido, si me apresuro!

BURLEIGH.—Sois un loco; sois un insensato. ¡Dádmela!

(Arrebátale la orden, y vase con ella.)

DAVISON. (Corriendo detrás de él).—¿Qué hacéis? Quedaos aquí. ¡Me precipitáis en mi ruina!

## ACTO V.

El mismo aposento que en el acto primero.

### ESCENA PRIMERA.

ANA KENNEDY, vestida de rigoroso duelo, con los ojos llorosos y presa del más acerbo, aunque callado dolor, está ocupada en sellar papeles y cartas. Con frecuencia la interrumpen los sollozos en su ocupación, y se pone á orar. PAULET y DRURY, vestidos también de negro, entran; síguenlos muchos criados, que traen vasos de oro y plata, espejos, cuadros, y otros objetos de valor, llenando con ellos el fondo del teatro. PAULET entrega á la nodriza una cajita de joyas con un papel, diciéndole, por señas, que es la lista de los objetos recibidos por él. A la vista de estas riquezas, se renueva el dolor de ANA; queda sumida en la aflicción más profunda, mientras los demás se retiran. MELVIL entra.

ANA. (Gritando al verte).—¡Melvil! ¿Sois vos? ¿Os veo de nuevo?

MELVIL.—Sí, fiel Ana, nos vemos otra vez.

ANA.—Tras larga, muy larga y penosa separación.

MELVIL.—Y en momentos bien tristes y dolorosos...

ANA.—¡Dios mío! Venís...